

—Sí. Y es difícil a veces retener el recuerdo de tanto muchacho, porque nuestras clases son heterogéneas y a ellas concurren alumnos que comienzan, al lado de otros que están en la mitad de sus estudios. A unos los vemos un año solamente, tal vez sólo un semestre, y otros, que se aficionan al profesor y a la materia, se inscriben en numerosos cursos.

Yo no comprendía. No podía hacer entrar lo que oía dentro de nuestra concepción de los estudios, que no sólo son todos preestablecidos, sino que además se clasifican por "años". Entre nosotros claro está que el alumno es siempre esclavo de un plan de estudios.

—Pues en los Estados Unidos ya no ocurre así—explicó el profesor—. El plan de estudios se lo traza en gran parte el alumno mismo, y hay que confesar que tal cambio es una conquista del individuo en su conflicto con la Universidad.

Observé, sin embargo, que en los estudios técnicos, como la medicina y la ingeniería, no se concebía el aprovechamiento sin un orden establecido por un plan.

—Efectivamente; ese plan establecido existe también entre nosotros hasta cierto punto en tales profesiones; pero me imagino que usted ignora que los médicos, abogados, ingenieros, farmacéuticos, dentistas o agrónomos constituyen la minoría de los que se gradúan en nuestras universidades.

—¿Es posible?

—¡Y tanto! Oiga usted; en todo el país se reciben cada año unos 4.500 médicos, 1.700 dentistas, 3.700 abogados, 1.600 farmacéuticos y 2.000 ingenieros. Total, unos 13.500 profesionales. Todavía podremos agregar a éstos 5.800 graduados en los institutos agrícolas y artes mecánicas. Tendríamos casi un total general de 20.000. Pues bien; ¡asóm-

brese usted! Además de todos estos, en las universidades se graduaron 22.000 personas, no contadas en las profesiones anteriores.

—Pero ¿qué títulos recibieron? No me lo explico—dije—. Una Universidad es un instituto profesional, y no veo qué profesión pueda haber fuera de las nombradas como para atraer a tanto estudioso.

—¿Por qué ha de ser la Universidad necesariamente un instituto profesional?—respondió el profesor sin hacer caso a mi pregunta—. ¿Es acaso tan importante el conocimiento de los códigos para ser un hombre culto en la Argentina o para impulsar su adelanto intelectual? Espero que allá no todos los médicos curan ni los abogados ejercen—agregó sonriendo con cierta malicia.

—Pero los que no ejercen contribuyen también a ennoblecer nuestro ambiente. Están al frente de instituciones, gobiernan, enseñan, escriben.

—Pues entonces, ¿para qué imponerles el peso muerto de conocimientos que no utilizan? Seguramente muchos intelectuales tienen aficiones espirituales que se salen del marco estrecho de su profesión. No puedo creer que en las librerías de Buenos Aires no se vende a Voltaire, ni Shakespeare, ni Cervantes, ni el Ramayana, ni la Biblia o el Corán.

—En las librerías sí, pero esos son estudios de pura vocación, y ellos encuentran su satisfacción en los gabinetes privados...

—¿Por qué entonces no organizar esa cultura, que es la gran cultura de un pueblo, puesto que lleva hasta la enseñanza superior el espíritu de investigación y de libertad que ha transformado la escuela y el colegio secundario, haciéndoles reconocer la vocación individual como base acaso del ejercicio educativo? En suma, dijo el profesor animándose por grados, ¿por qué no redimir a la Uni-

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social